

UNA MANO DE PINTURA



A Dirección General de Carreteras ha publicado una nota a propósito de los estragos que, según dice, causan en los carteles y avisos de las carreteras ciertos gamberros, quienes según afirma la nota se dedican a deteriorar y a llevarse los postes y cartelones recién instalados. La nota, bastante extensa para tratarse de un aviso oficial, corresponde al tono de prosa con que una entidad oficial establece el diálogo con el público. "Son numerosos los daños que van causándose a la señalización, lo que obliga a mantener brigadillas de operarios exclusivamente dedicados a la reposición de placas hurtadas y al desmontaje, traslado, reparación y nuevo montaje de las dañadas, resultando sumamente lamentable tener que sustraer esas inversiones y esos jornales de las normales operaciones de conservación, limpieza y aseo de nuestras carreteras, en que tanto queda por hacer en este aspecto".

Excelente. Parece que exista una turba de desalmados que se dedican al pillaje sistemático de esas placas, que por cierto luego no se sabe a dónde van a parar. Quisiéramos poder aventurar el paradero de esos pedazos de madera o de latón. ¿Para qué servirán, una vez arrancados de sus lugares? ¿Habrá gamberro tan desalmado que se dedique a expoliar las carreteras por el gusto de hacerlo o que se traslade a lugares ignorados por esos mundos de Dios para desprovocer a la circulación de carretera de los avisos consiguientes? Pensamos que esos supuestos gamberros deberían vivir no lejos del lugar de su fechoría, ya que resultaría poco cómodo el atropello, si con el botín bajo el brazo debían luego regresar a la ciudad. A medida que pensamos en el contenido de la nota nos parece cada vez más improbable que existan esos ladrones de placas en proporción que merezca una nota oficial. ¿Para qué?

Lo que si nos parece es que el número de tales gamberros debería ser descomunal para justificar la absoluta ceguera con que el automovilista se ve obligado a conducir por los caminos y carreteras de España, incluso por la carretera general. Acabamos de realizar en coche un viaje de Barcelona a Madrid y podemos afirmar el desamparo casi absoluto en que el automovilista conduce, en extensos tramos de ese recorrido. Ello nos produce situaciones violentas y de emergencia, como la que tuvimos que afrontar a las puertas de Madrid, pasado ya Torrejón, ante una valla que se nos interpuso de pronto, sin previo aviso, en la noche cerrada. Tuvimos que apretar hasta el fondo el freno en una distancia inverosímil para que nuestro coche quedara al fin puesto de lado en mitad de la ruta, a unos metros del obstáculo. Cuando conseguimos desatascar el freno y ponernos de nuevo en marcha, escuchamos el ruido de otro frenazo brusco y total del coche siguiente al nuestro, que había de forzar una parada tan brusca como la nuestra. Cuando, al día siguiente, pasamos por el mismo lugar en dirección contraria, ya no existía la valla. Existían sólo sus restos, desperdigados por la carretera. Había habido un coche incapaz de frenar con la celeridad necesaria y se había estrellado contra la valla en cuestión. Aún quedaba intacta la flechita azul que indicaba el desvío... en el mismo lugar en que éste debía iniciarse. La mentalidad de los autores de ese desvío, peones o peatones, era la de los seres que no calculan la velocidad que lleva un coche, la precaria visibilidad a distancia que ofrece la carretera con la noche cerrada y el resplandor de los faros contrarios. Que se pueda achacar a unos gamberros la sustracción de un redondel es en este caso ridículo, puesto que las luces que necesita el automovilista y el tamaño de los carteles necesarios para asegurar su cómodo tránsito por un lugar como aquél, a la entrada de la autopista de Barajas, no caben en la mano de un hombre ni siquiera en la de media docena de ellos. Se trataba simplemente de la ignorancia, de la elementalidad de unos sujetos cuyo trabajo no era el poner señales, sino sencillamente efectuar unas obras. La señal quedaba para el buen entendimiento del propio automovilista, destinado a conducir a tientas y a olfatear el paisaje y las curvas o características del camino como si estuviera en la Edad Media. Lamentable.

Es, pues, un absurdo lo que la nota dice; no se trata aquí de sustraer jornales a la reparación de carreteras. Se trata simplemente de lanzar por las carreteras equipos de hombres especializados en la señalización, con toda la evidencia que ésta requiere en los modos de circulación actual por carretera. En este mismo viaje hemos podido comprobar la inutilidad del ochenta por cien-

to de los carteles indicadores. En muchos tramos estamos esperando a que llegue un viraje indicado y en otros éste nos sorprende sin aviso alguno. Lo curioso del caso es que la carretera en si misma no está mal, o por lo menos no está tan mal como su fama proclama. Concretamente en el último centenar de kilómetros, antes de la llegada a Barcelona, se han terminado casi todas las obras que nos ahorran las sinuosidades del terreno en los Bruchts y en la Panadella, aunque en este tramo y durante una docena de kilómetros, siga existiendo la feroz carnadura del camino de los bandidos del XIX, por donde se bambolean los camiones; pero en fin, pensamos que algún día también ese trozo quedará alisado como los demás y que quizá los medios con que cuenta la Dirección General de Carreteras exijan la premiosidad que estamos viendo en los arreglos. En otros trozos se observan ya los preparativos e incluso las primeras obras de una rehabilitación, como en los pasos de Calatayud a Zaragoza, por cierto preparados y entretenidos desde hace un par de años.

Pero, repetimos, la carretera en si misma no está tan mal. Hay otros tramos de excelente firme y de anchura europea. Lo que está perfectamente mal es justamente la señalización, la pintura, el aviso, todo lo que ya no corresponde a las brigadas de obras públicas, sino a las de los pintores de brocha gorda. ¡Qué desastre! A veces, muchas veces, la cosa resulta cómica. Durante largos tramos observamos desde lejos la presencia de un cartel avisador y estamos al tanto de lo que nos va a decir. Esperamos la noticia de un bache, o el aviso de un terraplén o la premonición de una curva. Nada de eso: en el cartelito hay algo parecido a un toro. Los hay a docenas, a lo largo del camino. Todos aquellos que no hayan transitado por nuestro país tienen la impresión de estar paseando la pampa, con ganado suelto por todos lados. Nosotros, que llevamos ya muchos años por esas mismas carreteras, podemos atestiguar que jamás hemos visto la aparición de una testuz con cuernos por aquellos parajes. Seguramente estos carteles son consecuencia del temperamento imaginativo y agreste de algún funcionario de los tiempos pasados, para dar sustancia a un paisaje yermo y sin pastos, absolutamente herido por el sol, y ponerle un poco de fantasía. ¿Pero es de verdad que, a la hora de poner carteles, prefirió el funcionario hacerlo con esa imagen sustancial de la geopolítica ibérica que es el toro, desde Altamira hasta hoy? Todas las carreteras están infestadas de esos toros en un redondel, versión traslaticia de las cuevas prehistóricas, como mitos de latón absolutamente inútiles y hasta ofensivos para el automovilista, que se siente humillado por la coacción incesante de una España rupestre que no existe. ¡Qué más quisiéramos que hubiera por allá esas especies de nuestra cabaña agropecuaria y que los páramos por donde sólo abunda el lagarto se vieran tan llenos de la noble planta de un animal de verdad, como lo están de su barata y gratuita efigie gráfica!

No; no son los gamberros que se llevan los carteles los culpables de la situación, sino la falta de visión más absoluta sobre lo que verdaderamente es señalización de las carreteras en todo el mundo. Esta es, en todos los países de circulación rodada abundante, tan importante o más que las carreteras mismas. Naturalmente que hay que poner, no una plantilla de obreros a pintar, sino cien partidas de obreros, y lo que cuesten de mantener no será hurtar a otras partidas de obras públicas ni un ápice de inversión eficaz. Una carretera mediocre, pero bien señalada, es mucho más útil que una carretera perfecta, pero ciega y a oscuras. Puede ser que uno se encuentre en el camino con tramos mal pavimentados; lo que no es concebible es que no los advierta o no se los adviertan eficazmente. Nosotros acabamos de conducir por la carretera y a partir de las seis de la tarde llevar un automóvil es como conducir un barco, sin conocer los límites del camino, en navegación dificultosa que hacen más incómoda los constantes reflejos de los coches que vienen en contra. No son los gamberros los que se han llevado todo eso, o por lo menos no son sólo ellos: la verdad es que "eso" no ha estado nunca allí.

¿Se han planteado los responsables de nuestras carreteras la velocidad actual de los coches y la necesidad que el automovilista tiene de saber siempre los límites de su camino? ¿Se han planteado alguna vez el "acabado" de la obra que dejan lista a la mitad, cuando con sólo unas grandes manos de pintura se culmina una larga labor de puesta a punto? Vimos en la época de la pintura fluorescente. No todo son carteles; existen además los bordillos, que hay que marcar, que hay que perfilar para que el automovilista no tenga la impresión de estar enfilando intuitivamente una línea en un océano infinito y sin bordes. Es necesario que caiga sobre el mapa de España la pintura a toneladas y que no sólo se arreglen los caminos, sino que se dibujen sobre la geografía. Cuando cae la noche en los caminos, España vuelve al siglo XIII.